

# Algunas consideraciones sobre la sicopatía y el suicidio de Silva

Escribe: BENIGNO ACOSTA POLO

Sin haber dejado sospechar lo mínimo respecto de su terrible decisión; sin haber escrito una sola línea sobre el particular ni haberse dejado traicionar por los nervios durante el día y la noche que antecedieron a la tragedia; sin haber dejado traslucir la más leve impaciencia ante los caballeros y las damas que hasta la media noche tertulieron en su casa, José Asunción Silva preparó, serenamente, su viaje definitivo por el angosto túnel del cañón de una pistola. Lo realizó en la madrugada del 24 de mayo de 1896. En la tarde del 23 había visitado a su amigo, el sabio médico doctor Juan Evagelista Manrique, y apelando a un pretexto inteligente se hizo dibujar con un lápiz dermatográfico la localización precordial. Pasada la media noche, después de despedirse de sus visitas, se incorporó a su lecho, leyó un poco, fumó varios cigarrillos, y en la madrugada, tras de haber tomado todas las precauciones posibles para que no se sintiera el ruido del disparo, cortó el hilo de su vida con una bala certeramente dirigida contra el vértice de la noble víscera que se había hecho localizar.

Lo único que dejó escrito no fue un poema lacrimoso. Fue un cheque para cancelar a una floristería cierto ramo que en la tarde del 23 enviara a una amiga suya, cuyo nombre persiste en el misterio. En la mañana del 24 fue encontrado su cadáver. El rostro acusaba serenidad; una sonrisa tranquila se insinuaba en él. Un periódico de Bogotá, ignorante de la grandeza de Silva, registró la noticia en la forma lacónicamente miserable que todo el mundo conoce: "Suceso. Anoche, en su cama puso fin a sus días el joven José Asunción Silva. Parece que hacía versos".

Y ahora salta la pregunta: ¿Por qué se mató Silva? Es lo que intento aclarar en las siguientes consideraciones.

## OBSESION DE LA LOCURA Y DEL SUICIDIO

En torno de la muerte de Silva, acaecida en la forma que acaba de relatarse, se han cosido numerosas versiones, mezcladas algunas con teorías diversas sobre la siquis del poeta. Ni una palabra, ni una letra, ni una manifestación externa que puedan guiar con certidumbre a una conclusión

inequívoca. Sin embargo, así como la vida, el ambiente y la formación de un autor nos ayuda a comprender mejor su obra, podemos optar con menos certidumbre por la tesis contraria: una obra, puesto que en toda obra literaria hay una especie de confesión velada o franca, nos ayuda a descubrir el carácter de su autor. Por el hilo se saca el ovillo, dice la sabiduría popular. De esta ley no escapan ni la poesía, ni la novela, ni aun la misma crítica, si se entra en esta con un poco de sagacidad.

En Silva la idea del suicidio no debió asomar, por primera vez, en los días más inmediatos al 24 de mayo de 1896. En su libro **Sobremesa**, encontramos estos documentos indiciarios de su sicología mórbida:

“La locura, Dios mío, ¡la locura! A veces —por qué no decirlo, si hablo por mí mismo— ¡cuántas veces la he visto pasar vestida de brillantes harapos, castañateándole los dientes, agitando los cascabeles del irrisorio cetro, y hacerme la misteriosa mueca con que me convida hacia lo desconocido!”.

Y más adelante:

“¿Loco, y por qué no? Así murió Baudelaire, el más grande para los verdaderos letrados, de los poetas de los últimos diez lustros; así murió Maupassant, sintiendo crecer alrededor de su espíritu la noche y reclamando sus ideas... ¿Por qué no has de morir así, pobre degenerado, que abusas de todo, que soñaste con dominar el arte, con poseer la ciencia, toda la ciencia, y con agotar todas las copas en que brinda la vida las embriagueces supremas?”.

No es muy difícil saber, para quienes tengan noticias de Silva, que él soñaba con las embriagueces supremas de la vida; que quiso siempre dominar el arte, que ambicionó poseer la ciencia, y desde la primera juventud vio cómo le casteñeteaban, si no los dientes de la locura, sí, por lo menos, los de la desesperación. Y algo más: Refiriéndose a la locura, coloca entre paréntesis, como para dar más precisión a sus ideas, esta frase: “Por qué no decirlo, si hablo por mí mismo”. Cuando escribimos y deseamos aclarar una intención, corroborar un aserto, iluminar una frase o hacerla más enfática, el paréntesis es un recurso extraordinario. Silva escribía, hablaba de la locura, discurría con emoción sobre ella, pero de pronto le asaltó una duda: podía el lector suponer que todo aquello era pura literatura, traslado imaginativo, y entonces abrió este paréntesis que es su propio corazón.

Además, en su mente se encontraron, en un momento dado, las más discrepantes inquietudes. Su angustiada evolución síquica llegó a un punto de gran complejidad, y su cerebro se convirtió en un campo crucial de las más dispares ideas. Sanín Cano, su amigo, su compañero, su contertulio y orientador, nos habla de las inmensas lagunas que ofrecía la cultura intelectual de Silva por haber recibido apenas ligeras nociones científicas en su primera juventud. El eminente crítico colombiano, al hablarnos de este déficit de Silva, dice que aquella ausencia de nociones tomó tal magnitud en la inteligencia del poeta, que cuando tropezaba con dificultades daba a sus inquietudes espirituales aspectos de tragedia. En relación con lo anterior dice el propio Silva, en su ya citado libro, y con una confirmación de lo aseverado por Sanín Cano:

“Un cultivo intelectual emprendido sin método y con locas pretensiones al universalismo, un cultivo intelectual que ha venido a parar en la falta de toda fe, en la burla de toda valla humana, en una ardiente curiosidad del mal, en el deseo de hacer todas las experiencias posibles de la vida, completó la obra de otras influencias, y vino a abrirme el oscuro camino que me ha traído a esta región oscura, donde hoy me muevo sin ver más, en el horizonte, que el abismo negro de la desesperación, y en la altura, allá arriba, en la altura inaccesible, su imagen, de la cual, como de una estrella en la noche de tempestad, cae un rayo, un solo rayo de luz”.

En párrafo inmediato el poeta declara que tiene terror de todo, hasta del arte y además, “de la noche oscura en que el infinito nos mira con sus millones de ojos de luz; de sentirme vivir, de pensar que puedo morirme”, y de ver cómo le asalta, a cada segundo, el problema de la existencia de Dios. Y como si todo esto fuera poco indicador del mundo hiperestésico que se creó y que fue su vivir, el poeta nos deja otra especie de confesión velada: “¡Morir!, Dios mío, morir así a los 23 años, al comenzar a vivir, sin haber conocido el amor, única cosa que hace digna a la vida de vivirla; morir sin haber realizado la obra soñada que salvará el nombre del olvido, etc.”.

¿Qué nos dice todo esto, qué podemos encontrar disimulado, mimetizado, detrás de cada una de estas frases que el poeta pone en boca de otro personaje, que no es sino él mismo? El problema psicológico es menos difícil de lo que pudiera parecer. Un hombre sano, plácido, optimista, seguro del porvenir, no tropieza a cada paso con interrogantes tan tenebrosos, no se acuerda casi de la muerte, no le asalta la idea de la locura, no se siente desesperadamente disparado hacia la tragedia, no vislumbra el suicidio con todas las características que efectivamente tuvo el de Silva. En *Sobremesa*, nos encontramos con esto otro.

“¡La muerte!... no me importa pensar en ella; ¡estoy seguro de que no es más terrible ni más misteriosa que la vida!” (Subraya el comentarista).

En las palabras anteriores se afirma una convicción: que ha auto-analizado larga y suficientemente el problema de la muerte y que ya no ofrece dudas su obsesión. El problema va a resolverse por la puerta falsa del suicidio. Y como ya el poeta no diferencia entre vida y muerte, como le da lo mismo vivir que morir, y como acaso ha llegado a la certidumbre de que alcanzará la inmortalidad con su obra artística, planea el suicidio con el sigilo de una batalla definitiva, sin empalidecer, sin inquietar a nadie y sin dejarse descubrir. Es entonces cuando escribe: “Sobre mi cadáver, todavía tibio, comenzará a formarse la leyenda que me haga aparecer como un monstruoso problema de psicológica complicación ante las generaciones del futuro”. Más completa y sincera confesión no puede darse.

## UN CASO COMPLICADO DE SICOPATOLOGIA

Precisamente, en su existencia, en su poesía y en su trágico final, Silva se nos presenta como un complicado caso de sicopatología. Ante cualquier mente desprevenida, su existencia es una tragedia en varios actos,

que finaliza en suicidio. Esa tragedia recorre las siguientes etapas: una infancia tímida y una juventud ambiciosa que, de pronto, ve frustrados sus anhelos; una cultura deficiente de un talento capaz de las más arduas disciplinas; una sensibilidad delicada, de niño mimado, herida por la vulgar desazón impuesta por una situación económica precaria; un golpe funesto con la pérdida de sus obras; intensa angustia por la muerte del padre, y tragedia superlativa con la de su adorada hermana. Todo esto, en su avasallador andar de torbellino, por los meandros de una sicología cada vez más mórbida, desemboca en el portalón estrecho del suicidio.

¿Fue el suyo el caso de Werther, como algunos sugieren? No. El wertherismo pudo haberle contagiado, pero su caso era diferente, o al menos nada hay que permita imaginar similitud distinta a la del episodio suicida con el personaje de Goethe. El caso de Oberman, tampoco es el suyo, aunque se le asemejaba por la melancolía, como se asemejaba a René, por su ternura romántica, y a Adolfo, por su amargura y misantropía. Es todos ellos, resumidos, porque participa de su tristeza. Silva llevaba en su corazón, cual proyectil de tiempo, la ponzoña del llamado "mal del siglo". Pero lo llevaba recatado, discretamente, sin las ostentaciones de muchos en que aquella enfermedad era una tara, una falsa patente de artista, una distinción grosera, "como la obesidad entre los chinos". Silva era un neurótico, un soñador, un romántico frenado, un pesimista, y un "splee-neático".

Al fin de llegar a una explicación teórica ajustable a la muerte de Silva, he inquirido cuanto hay de humano y de infrahumano en los documentos que de él suministran sus biógrafos y críticos, sus amigos, conocidos y algunos de sus familiares. He refrescado, en el deseo de precisar su siquis, los estudios de Moebius y Bovío sobre el genio; las peregrinas teorías de Nordau, las ideas cardinales de Freud, la tipología de Jung, los estudios de Adler sobre la personalidad y el sentido de la vida; he releído los ensayos sicopatológicos de Georges Dumas y de Blondel, y me he acercado, con sostenido entusiasmo, a las páginas en que Henry Joly nos habla de la **Sicología de los grandes hombres** y en que Emilio Montegut nos relata sus pesquisas sobre los tipos literarios y las fantasías estéticas; he acudido a Ribot, a Jannet, a Spranger y a los tipos de Pende. En todos ellos he encontrado algo de Silva, pero no su compleja totalidad.

Aquello que en una tipología le falta, en otra le excede. En ninguna encuadra, con exactitud, porque sus clasificaciones no podían prever el desenvolvimiento de la neurosis especial del autor del **Nocturno**, en su gran polimorfismo, y porque esa dolencia ofrece zonas oscuras, innumerables líneas de deslizamientos, fronteras esfumadas que permiten confundir las morfologías de los casos más dispares. Máxime, si como en el entrabado caso síquico de Silva se trata de una neurosis que se conjuga con la anormalidad de un legítimo genio poético.

Sin embargo, hube de anclar, por ser la que más se le aproxima, en la clasificación de los caracteres de Kretschmer, maestramente sintetizados por uno de sus discípulos. Este autor divide los tipos temperamentales en ciclotímicos y esquizotímicos, y cada una de estas dos agrupaciones genéricas la subdivide de acuerdo con las formas síquicas especiales apli-

cables a los diversos subtipos. Después de mucho meditar llego a concluir que en esa clasificación, ya clásica, es donde más cabe el caso de Silva, y me doy cuenta que se ha incurrido en error por parte de quienes lo clasifican como un ejemplar sicotímico. En mi modesto modo de pensar, esa clasificación es errada porque en toda ciclotimia encontramos el hombre práctico, realista por excelencia; el optimista, el animal organizador y audaz. En cambio, todo lleva a concluir que Silva encaja, aunque sin la exactitud matemática que algunos quisieran exigir, dentro del esquizotímico-hiperestésico, cuyas líneas generales son: "irritabilidad, idealismo, vida intelectual delicada y excesiva".

Además de lo dicho, Silva ofrece algunos de los factores propios a la morfología del esquizotímico general: aristocratismo, frialdad, nerviosismo controlado, autismo o vida interior en grado sumo. A estas particularidades contabilizadas por Kretschmer, uno de sus discípulos añade el siguiente comentario: "Los esquizotímicos se enclaustran en una zona rigurosamente individual, en un mundo ideal de sueños y de principios extraños a la realidad; postulan una oposición profunda entre el yo y el mundo exterior, vuelven la espalda a la muchedumbre o evolucionan dentro de ella sin ninguna relación. Entre los esquizotímicos está gran número de inadaptados. En arte y poesía se distinguen como estilistas puros, enamorados de la forma y del clasicismo; se acercan fácilmente al patetismo trágico yendo al expresionismo o al naturalismo, y se revelan, en fin, como ironistas acerbos y sarcásticos". Y ahí están las **Gotas amargas** de Silva, para confirmar lo anterior.

Una lectura atenta de su obra y un análisis de su vida, tomando como norma el conjunto de factores que tipifican al esquizotímico, lógicamente llevarán al convencimiento de que en dicho tipo temperamental es donde mejor encaja nuestro poeta. Si se discriminan sus desventuras comprenderemos fácilmente que en ese temperamento, agudamente hiperestésico, tuvieron que asumir proporciones catastróficas sus infortunios encadenados, todos los cuales fueron acentuando su irritabilidad, su falta de fe, hasta llevarlo a la autoeliminación premeditada que tanto ha dado que decir.

Todo cuanto se deja dicho aparece confirmado en el diagnóstico con que finaliza su libro nuestro admirado y sabio compatriota Edmundo Rico, en el cual analiza **La depresión melancólica en la vida, en la obra y en la muerte de José Asunción Silva**: fue víctima de su depresión temperamental melancólica y, nada más ni nada menos.